

# LA SOCIEDAD Y LA MUJER EN *FORTUNATA Y JACINTA*

*M<sup>a</sup> Milagrosa Álvarez Hernández*

## *Introducción*

La obra que nos ocupa es la de mayor relieve dentro de la producción literaria galdosiana. Concretamente, *Fortunata y Jacinta*, como se ha dicho en diversas ocasiones, ofrece un estudio detallado de la sociedad española de la época y como veremos se asemeja también, y en algunos aspectos, a una sociedad más actual. No es extraño así que los historiadores recurran a la gran aportación de Galdós. En este sentido, Galdós nos muestra que al hombre no se le puede aislar de la historia, porque forma parte de ella. Son los hechos de los hombres los que precisamente la determinan. En este sentido Hegel pensaba que:

La historia, empero, es siempre de importancia suma para un pueblo, pues es mediante ella que llega éste a la conciencia de la marcha de su espíritu, el cual se expresa en leyes, costumbres y acciones.<sup>1</sup>

Galdós narra episodios que desgraciadamente se han producido en nuestro país por esa tozudez que suele mostrar la historia y tan frecuente en el siglo XIX: el golpe de estado de Pavía el 3 de enero de 1874, el ejército había salvado una vez más a la desgraciada nación española (pág.273). Hechos todos por los que Galdós, como hombre que no podía escapar a su sincera preocupación por la realidad política, mostraba una manifiesta sensibilidad. La evolución de los hechos históricos parece que va en consonancia con la vida de algunos personajes, especialmente la de la heroína Fortunata. Los sucesos político-sociales acaecidos entonces cubren, en buena medida, los diálogos de esta novela. Feijóo, escéptico en estas cuestiones, le comenta a Juan Pablo Rubín: “La moral política es como una capa con tantos remiendos que no se sabe ya cuál es el paño primitivo” (pág.552).

## *La sociedad*

Galdós se recrea en la sociedad madrileña con manifiesta minuciosidad. Nos lleva de la mano no sólo a todos los rincones del Madrid de entonces, sino que nos acerca a las costumbres de sus habitantes y, lo que es más, nos revela sus preocupaciones y vivencias. *Fortunata y Jacinta* se convierte así en una suerte de compendio de historia, psicología, sociología y de otras realidades de la época. La sociedad madrileña a la que Galdós nos lleva no difiere, en muchos aspectos, de la actual. Los *convencionalismos* y el puro *formalismo* externo hacen que la voz de la experiencia de Feijóo –personaje de la novela– recomiende que “el transigir con las leyes sociales tiene tal importancia que hay que sacrificar el gusto y la ilusión” (pág.661). Los principios y las formas (pág.663) sociales son el gozne para no caer en lo que él llamaba *descomponerse*. O lo que hoy diríamos *irse de madre*. De este modo, Feijóo afirmaba con plena convicción que “la ganga es tener un nombre y una chapa decorosa en el casillero de la sociedad” (pág.645). Otro personaje que también gustaba de retratar la sociedad madrileña era Moreno-Isla, aunque siempre haciéndolo con referencias como hombre que había viajado por el extranjero: “... nuestra raza está mal alimentada... viene pasando hambre desde hace siglos, las calles mal adoquinadas...” (pág.600). Existe otro hecho

que proliferaba en la España de entonces: “el bandolerismo”. Moreno-Isla refiriéndose a este suceso creía que “apenas se pone el pie en España no se da un paso sin tropezar con bandoleros” (pág.597). Esto, aparte de reflejarlo Galdós como un dato histórico, lo traslada al comportamiento de Guillermina, *la rata eclesiástica* como la denominaba Galdós, comportamientos que abundaban entonces “entre el hambre y la honra”.<sup>2</sup> *La Correspondencia de España* recogía que “del día 15 de septiembre al 15 de octubre de 1870 más de sesenta “bandoleros habían sido muertos por la Guardia Civil, cuando los conducían detenidos e intentarían escapar”.<sup>3</sup> Estas referencias quizá ayudan a explicar las preferencias de Moreno-Isla: *La Guardia Civil, las uvas de albillo y el Museo del Prado* (pág.598).

*Las formas* de comportamiento configuran el engranaje sociológico de los personajes pertenecientes a la clase alta. Juanito, convencido y alimentado por las formas externas le recuerda a Fortunata que “las convenciones sociales, nena mía, son más fuertes que nosotros”, (pág.606), o estas otras palabras donde el cinismo es clarísimo: “Nuestras ideas deben inspirarse en las ideas generales que son el ambiente moral en que vivimos” (pág.265). Sociológicamente, pues, existe una frontera entre dos clases:

Evidentemente, entre 1868 y 1874, se produce plenamente el divorcio sociológico, la diferenciación de caminos, objetivos y perspectivas de los sectores proletarios con respecto a los seguidos o reivindicados por los núcleos burgueses de España.<sup>4</sup>

En esta sociedad hay dos mundos, dos realidades, dos tipos de moral, que una persona se ve obligada a compartir. El hombre es como una moneda de dos caras, una para el mundo, la sociedad, *el qué dirán* y otra, la verdadera, que es la que se suele ocultar. Fortunata se percata de esta dualidad que se da en la realidad humana y afirma: “Un mundo que se ve y otro que está debajo escondido... Y lo de dentro gobierna a lo de fuera... pues... claro... no anda la muestra del reloj, sino la máquina que no se ve (pág.687)”. Estas palabras en boca de Fortunata son muy reveladoras. He aquí, creemos, el gran drama de Fortunata y, por ende, el del pueblo. Éste, representado por Fortunata, no utiliza esa doble actitud porque sólo le queda luchar por la verdad y la justicia que era su supervivencia.

Por otro lado, vemos como Maxi, su marido, es capaz de perdonarla en el fondo pero no en la forma: “No hay que confundir. El perdón puramente espiritual o evangélico, ya lo tiene... Pero el otro perdón, el que llamaríamos social, porque equivale a reconciliarse, es imposible (pág.658-9). En efecto, las formas, las apariencias, son básicas en el sistema burgués”.<sup>5</sup> En este mundo de vaivenes en donde lo que cuenta es *el estar* y no *el ser*, Juanito Santa Cruz se permite el lujo de afirmar que *el honor es un sentimiento convencional* (pág.161) o en otro momento afirma, “...decencia porque se lleva una ropa que llaman levita... ¡Qué humanidad tan farsante!” (pág. 101). Leyes sociales, cánones establecidos, *el que dirán*, la fama, el honor configuran el patrimonio espiritual de las clases dominantes en esta sociedad y, qué duda cabe, que trasciende esta preocupación de alguna manera en Fortunata. De este modo, cuando Juan la abandona, ésta se obsesiona con la honradez, “que soy honrada, que siempre lo he sido...” (pág.498 y 612-13). Pero Feijóo le sugiere que la honradez va unida al dinero y entonces le pregunta: “¿Honrada comiendo o sin comer?” (pág. 622).

Así :

Las ideas de la clase dominante son en toda época, las ideas dominantes; es decir, que la clase que es la potencia material dominante de la sociedad es, al mismo tiempo, su potencia espiritual dominante.<sup>6</sup>

José Izquierdo, uno de los personajes más conscientes de su situación, afirma: “La pobreza no es deshonra..., pero tampoco es honra” (pág.217). Guillermina asemeja la pobreza con la maldad. Ser pobre es lo mismo que ser malo y piensa de José Izquierdo: “el pobre ha tenido que valerse de mil arbitrios no muy limpios para poder vivir... Hay que ser indulgente con la miseria y otorgarle un poquitín de licencia para el mal” (pág.219). Así las cosas, resulta evidente que la honra, en esta sociedad, está íntimamente ligada al bienestar económico y social.

En otros aspectos, recordemos cómo trata Doña Lupe a Papitos, la criada, cuando se enfada, le dice: “Hoy te vas a tu casa, a la choza del muladar de Cuatro Caminos donde estabas, entre cerdos y gallinas, que es la sociedad que te cuadra” (pág. 428). Otro tanto dice sor Natividad de Mauricia cuando ésta se encontraba sentada sobre un montón de mantillo: “Ya... en la basura. Es su sitio” (pág.477). La sociedad de *Fortunata y Jacinta* la vemos reflejada en la novela a través de diferentes detalles. Por ejemplo, la costumbre de poner la compra del mercado en la puerta para que las vecinas la contemplen, y la del paso del viático por las calles (págs. 57 y 704). Blanco White, en *Cartas de España*, ya había dedicado su atención a estas dos típicas costumbres.<sup>7</sup>

El pueblo llano se distinguía, además, de la burguesía, en que ésta vestía de color gris y aquél con el color rojo que simboliza la sangre y la vida misma. “Galdós piensa que el pueblo tiene un sentido estético innato, como se demuestra en su uso del mantón y del pañuelo de Manila”.<sup>8</sup> Así José Ido del Sagrario, personaje peculiarmente popular, usaba corbata roja y deshinchada (pág.157). Doña Fuensanta, una vecina de Severiana (hermana de Mauricia), lucía *una toquilla encarnada* (pág. 719). La gallinejera, vecina de Pepe Izquierdo, vestía de colorines (págs.174 y 215).

Otra faceta de gran interés es la de los cafés de Madrid; en ellos se mantenía cualquier tipo de conversación: la tertulia política, la más frecuente, la búsqueda de un empleo, o el arreglo matrimonial entre Fortunata y Maxi por parte de Feijóo. El personaje del que podría decirse que su vida transcurría en el café es Juan Pablo Rubín. El café era *su hogar doméstico* (págs. 549 -50 y 648). Las tertulias tenían lugar principalmente en el café de San Antonio, en la Corredera de San Pablo (pág.550), en el café de Fornos (pág.567), en El Siglo de la calle Mayor (pág.568) y en el de San Joaquín, en la calle de Fuencarral (pág.571), entre otros.

Otro aspecto digno de interés son los periódicos que leían los personajes de *Fortunata y Jacinta*; con exclusividad, *El Imparcial* (pág.527), *La Correspondencia* (págs. 312, 374, 485, 654 y 793); y *La Gaceta* (págs. 361 y 413). “Lo primero que llama la atención es la permanencia en los primeros puestos de La Correspondencia de España y El Imparcial... son las dos primeras de lo que hoy llamamos “gran prensa de información”.<sup>9</sup>

La geografía urbana de *Fortunata y Jacinta* es una muestra más de cómo Galdós conocía, palmo a palmo, el Madrid de entonces; el hecho de que el nombre de las calles se corresponda con la realidad es una referencia más de que Galdós no *improvisa*; sólo plasma su entorno con un enorme ingenio. Doña Lupe, por ejemplo, vive en tres sitios diferentes, primero, en el barrio de Salamanca, luego entre Raimundo Lulio y Don Juan de Austria, de poco tránsito y parecía un pueblo (pág.367) y, por último, en la calle Ave María, en el corazón de Lavapiés (pág. 291).

Fortunata es la que más veces va a cambiar de casa. Concretamente, con Maxi vivirá de soltera en la calle de San Antón (pág. 326); luego, doña Lupe se encargará de buscarles *un cuarto* que estaba en Sagunto (pág.485). Con Feijóo, buscarán un sitio más apartado, la calle

de Las Tabernillas, en Puerta de Moros. En la Puerta del Sol se daban cita los amigos, era el centro de reunión por excelencia (pág. 385). A Papitos la recogieron de un basurero de Cuatro Caminos (pág. 381) y la zona de Vallehermoso “era un altozano con campo de cebada” (pág. 419).

Madrid era una ciudad en que la pobreza tenía su asiento también en las calles. Así Fortunata en la calle de Santa Engracia iba dando a los pobres que encontraba, que no eran pocos... (pág. 513). En el Retiro la miseria humana se explotaba para atraer la compasión (pág.853). Para forjarnos una idea de cómo los mendigos abundaban en el siglo pasado observemos que:

Madrid contaba con una plantilla de más de 7.500 pobres mendicantes. Una de las diversiones de la nobleza era celebrar fiestas para allegar fondos con los que compraban camisas de lienzo para 200 ó 300 de estos pobres, las cuales les eran entregadas, después de bendecidas solemnemente por los párrocos.<sup>10</sup>

### *Una sociedad de gallinas y palomas*

Ya en las primeras páginas de esta novela se nos antoja pensar que Pérez Galdós plantea una perfecta similitud entre la sociedad madrileña y, aunque parezca paradójico, un corral de palomas, pavos, gallinas y pollos (págs. 116, 150, 151, 161, 163, y 168):

Jaulones enormes había por todas partes, llenos de pollos y gallos, los cuales asomaban la cabeza roja por entre las cañas, sedientos y fatigados, para respirar un poco de aire, y aún allí los infelices presos se daban de picotazos por aquello de si tú sacaste más pico que yo..., si ahora me toca a mí sacar todo el pescuezo (pág. 61).

Galdós nos presenta, desde el primer momento, a Fortunata como una gallina:

...la moza... se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueado de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego a su volumen natural (pág. 62).

Juanito Santa Cruz entra en la calle “pisando plumas y aplastando cascarones” (pág.61). Es entonces cuando encuentra a Fortunata comiendo huevos crudos; es la naturaleza misma, “mejor que guisados”, dice ella (pág.62). Jacinta desconfía de su marido. Cree que tiene un hijo con Fortunata y piensa: “vendrán días de mayor confianza, y hablaremos..., y sabré si hay o no algún hueverito por ahí (pág.89)”. Es obvio que el huevo, en este caso el de las gallinas representa la fecundidad. Fortunata, precisamente, los come crudos. Pero hay que tener en cuenta que en esta extraña sociedad hay también *clases*: la de las gallinas y la de las palomas. Fortunata es una gallina, los de la clase baja son gallinas. Así Ido del Sagrario *sacudió el cuerpo como las gallinas* (pág. 189). Frente a Jacinta, que en todas las citas que hemos recogido se nos presenta como una paloma. Juanito, por ejemplo, llama a Jacinta *paloma* (pág. 98), y, en otro momento, piensa que la vida conyugal debe asemejarse a la de las palomas: “Hasta las palomas, hija mía, hasta las palomas cuando pasan de cierta edad, se hacen sus cariños así... de una manera sesuda (pág.145). A Jacinta le dominaba un infiel furor de paloma (pág.232) o se encontraba poseída de la rabia de paloma que a veces le entraba “(pág.767). Efectivamente, Jacinta era toda “una paloma acostumbrada a volar como los ángeles” (págs. 259 y 265).

Pero hay una cita que, en esta novela, nos parece decisiva a la hora de centrar el verdadero papel de Fortunata. Ésta, como una más del pueblo, “tenía las manos bastas de tanto trabajar”; “el corazón lleno de inocencia... pasó su niñez cuidando el ganado. ¿Sabes lo que es el ganado?. Las gallinas. Después criaba a los palomos a sus pechos. Como los palomos no comen sino del pico de la madre, Fortunata se los metía en el seno. Era la paloma madre de los tiernos pichoncitos” (pág. 99).

Creemos no equivocarnos que es la única ocasión donde Fortunata aparece como paloma. Pero aquí es una paloma sólo porque cuida del pichón. El pichón es el descendiente de las palomas, pero Fortunata es una gallina que cría pichones. Fortunata, gallina, pueblo, engendra la vida; tiene un hijo, un pichón que pasa a la clase alta, a la paloma: Jacinta. La gallina, (entiéndase pueblo) produce comida para la sociedad. La gallina, sinónimo de fertilidad. Pueblo, sinónimo de trabajo. La paloma, la clase alta, ociosa acepta y termina poseyendo el trabajo, el fruto de la gallina: Juan, el único y verdadero descendiente de don Baldomero Santa Cruz.

#### *La mujer en Fortunata y Jacinta. Fortunata heroína del pueblo.*

Es necesario afirmar que es un hecho, afortunado, el que la visión que hoy se tiene de la mujer es una superación amplia de la proporcionada por *Fortunata y Jacinta*. Los nombres de Fortunata y Jacinta se deben a unos tipos muy específicos de protagonistas que responden cada uno de ellos a unas sociedades muy diferenciadas, aunque muy concretas: pueblo y burguesía.

La motivación existencial de la mujer de la clase alta era, ante todo, asegurarse el porvenir para lo que suele ser un hecho determinante el matrimonio. La primera tarea de los padres era la de buscar un buen marido o una mujer, como en el caso de los Santa Cruz. No hay amor, no importa, sólo se trata de cumplir con las normas vigentes: el matrimonio. La situación de Jacinta “significaba el triunfo del amor legítimo sobre el criminal” (pág.104). Del mismo modo se casaron don Baldomero y doña Bárbara (pág.31). “En todas las clases históricamente activas, es decir, en todas las clases dominantes, la conclusión del matrimonio siguió siendo lo que había sido desde los tiempos del matrimonio de pareja: asunto de conveniencia que era decidido por los padres”.<sup>11</sup>

De este modo, el prestigio, la honra e, incluso, la libertad de una mujer se adquirirían cuando ésta se casaba; ése era, por tanto, su único destino. Mauricia le aconseja a Fortunata de esta manera: “la mujer soltera es una esclava, no puede ni menearse. La que tiene un peine de marido, tiene bula para todo” (pág. 494). Fortunata se acordará de las palabras de Mauricia cuando Juanito le dice: “Ya sé que te has casado, has hecho bien... Porque así eres más libre y tienes un nombre (págs. 516-17)”. El matrimonio, por tanto, era otra prueba social por la que había que pasar a cambio de obtener libertad y honra. A Maximiliano Rubín le preocupaba enormemente casarse con una mujer honrada, cuando conoce a Fortunata sólo anhelaba “sus propósitos de decencia” (págs. 299 y 331). Quizás sea éste uno de los personajes que más claramente exponga esta cuestión: “Has de ser mía ante Dios y los hombres... pues con el deseo de serlo y un nombre ya está hecha la honradez (págs. 332, 299, 320 y 345)”.

Pero ¿cómo era el ideal de mujer propugnado por entonces? Jacinta anhelaba para su protegida, la hija de Mauricia, buenos modales, su poquito de francés, su poquito de piano... “quería educarla para maestriza o institutriz...” (pág.595). La mujer era educada por tanto desde su infancia para el matrimonio:

Las niñas, guiadas por los principios de Verdad, Justicia y Moral..., tendrían opción a dos ciclos distintos de enseñanza. El primero, disfrutarían de una enseñanza de inmediata y general aplicación, con asignaturas tales como lectura y escritura... y se aprenderían labores como costura, calceta, corte, remiendo y zurcido...<sup>12</sup>

Del mismo modo, se consideraba que el temple de la mujer ideal, era, sin duda, el ser callada, honrada, sumisa. Doña Lupe elogiaba a Fortunata de esta manera: “Hay días que no le oigo el metal de la voz” (pág.526). Asimismo, Jacinta es humilde de carácter y apocada, no sólo con su marido, (pág.418) sino con sus suegros (págs. 266 y 270). Por su parte, Juanito Santa Cruz trata de definir a Fortunata como una mujer que “tiene todo el corte de mujer honrada, nació para la vida oscura, para hacer calceta y cuidar muchachos” (pág.591). Es cierto que Galdós no siente demasiada predilección por Jacinta quien como sabemos, se queda con el hijo de Fortunata, una vez que ésta muere, y Galdós al comienzo de la novela, nos dice, como queriéndonos adelantar un poco el final, que a Jacinta le encantaba coser para los huérfanos (pág.137).

Otro personaje femenino de cierta importancia, dramático y apasionado es Mauricia. Galdós, no escatima ningún aspecto en la descripción de “la dura”. “Existe constancia de la puntualidad con que el novelista da cuenta de los rasgos y pergeño de los personajes”.<sup>13</sup> Esta pobre infeliz y, según nos la describe Galdós, con una extraña belleza, corre la misma suerte que Fortunata. Muere como producto de una riña motivada, en este caso, por uno de sus arrebatos. Mauricia bebía y le daban ataques de histeria, producto del hambre, la falta de afecto y la miseria; ataques que se repetían de forma periódica y que Galdós, creemos, achacaba a desarreglos normales de la fisiología femenina. (págs. 440-47).

Se podría afirmar que la vida de Fortunata es la historia de “una revolución vencida”.<sup>14</sup> Sin género de dudas, Fortunata, como ya se ha dicho, representa a la clase baja. Su comportamiento y el curso de su vida son diferentes a los de Jacinta. La vida de Fortunata va a transcurrir no de un modo lineal, sino fluctuante, según la forma de un zigzag, una sucesión de episodios tan desgraciados como apasionados; por ejemplo, los encuentros con Juanito Santa Cruz, la muerte de su primer hijo, el rechazo de la sociedad y del propio Juanito, circunstancias humillantes como la estancia en Las Micaelas y, casi caricaturescos como la convivencia con Maxi, su marido. Por el contrario, la vida de Jacinta es lineal, gris, jamás destacará por nada que merezca la pena mencionar. Fortunata, en cambio, es el centro de atención a lo largo de toda la novela. Casi todos los personajes que aparecen en esta magnífica obra, a excepción de Moreno-Isla, tienen contacto directo o indirecto con la protagonista. Así Plácido Estupiñá, el personaje que “se embriagaba con el licor palabrero” (pág.52), parecía que no se encontraría con Fortunata y al final y en un momento culminante de la novela cuando gracias a éste, Fortunata hace su testamento, que no es otro que la cesión de su hijo, el hijo del pueblo, como un último y sumiso tributo de lealtad, amor y claudicación ante la familia Santa Cruz.

Todos los personajes que pertenecen a la clase baja son conscientes de su situación, en Fortunata “su aire de modestia, su encogimiento era el mejor signo de la conciencia de su inferioridad” (pág.759). Fortunata sabe que es del pueblo y que no podrá cambiar: “Pueblo nací y pueblo soy quiero decir ordinariota y salvaje” (pág. 619). De esta manera Fortunata no quiere salir de su clase, es muy trabajadora, le gusta realizar todo tipo de faenas domésticas (pág.330). Recordemos que para olvidar a Juanito ponía la casa “patas arriba” para limpiarla, ante el asombro de Feijóo. Preparar la comida a un marido obrero, “si es lo que a mí me gusta, ser obrera, mujer de un trabajador honradote que me quiera (pág.720). Yo no me civilizo ni

quiero; soy siempre pueblo” (pág.518). Por otro lado, Juanito Santa Cruz tiene también una clara conciencia de cuál es su clase cuando le comenta a su mujer:

Esta gente del pueblo es atroz. ¡Qué moral tan extravagante la suya! mejor dicho, no tiene ni pizca de moral... El pueblo no conoce la dignidad. Sólo le mueven sus pasiones o el interés (págs. 85 y 86)

Pero en otro momento reconoce su culpabilidad y la de los de su clase al afirmar:

El pueblo es muy inocente, es tonto de remate, todo se lo cree con tal que se lo digan con finas. La engañé, le garfiñé su honor, y tan tranquilo. Los hombres, digo, los señoritos, somos unos miserables, creemos que el honor de las hijas del pueblo es cosa de juego (pág.99).

El acontecer de Fortunata con respecto al pueblo está en ese desarrollo histórico que Galdós realiza a lo largo de toda la novela:

Desorden y vuelta al orden, perdición y salvamento a nivel personal y a nivel histórico, se anuncian como motivo central de la novela.<sup>15</sup>

Escogiendo, simplemente, algunos títulos de los capítulos podemos trazar la triste historia de Fortunata que es también la de un pueblo: *Final que viene a ser principio; La boda y la luna de miel; Otra Restauración, Disolución; Vida nueva y La razón de la sinrazón*. A este propósito nos parece interesante la afirmación del profesor Jover Zamora:

La verdad es que esta identificación del impulso revolucionario popular que se manifiesta en el sexenio con una resistencia al “pesado matalotaje de leyes que por todas partes nos cercan y aprisionan” tienen sus propias raíces galdosianas en Fortunata y Jacinta, principalmente en su parte tercera, donde el mundo moral de la Restauración, podrá encontrar este epígrafe: La revolución vencida... La simbolización de fuerzas sociales e ideológicas correspondientes al binomio Revolución- Restauración es una de las claves... de la gran novela de Galdós.<sup>16</sup>

### *Conclusión*

Llama la atención la escrupulosa elección y el gran cuidado que pone Galdós a la hora de dar vida a sus personajes. Puede afirmarse que en algunas referencias que aparecen en la obra, el autor deseaba plasmar la riqueza ideológica del momento que le tocó vivir. Galdós tenía un ojo avizor para revelar todo lo que se ve y escucha por las calles, pero también supo, como ningún escritor, a excepción de Cervantes, desvelar el temor, la ambición, el amor, el odio, los celos, la gula, e incluso, la agonía de unos personajes, con tal maestría, que el lector entra de lleno en la mente de todos ellos.

Recuerdos, sueños, imaginación, locura, símbolos, todo manejado inteligentemente por Galdós, contribuyen a formar un “realismo total”.<sup>17</sup>

En suma, el escritor grancañario, pero universal, es un claro ejemplo de un insigne novelista y en esta su magna obra, Fortunata y Jacinta, consiguió equiparar la grandeza de la forma con la del contenido.

## NOTAS

Las referencias a las páginas que aparecen en el texto corresponden a la obra en cuestión, *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós. Ed. Hernando, (Madrid, 1979).

- <sup>1</sup> Hegel: *Filosofía de la historia*. Ed Zeus. (Barcelona, 1970), p. 185.
- <sup>2</sup> Gómez Marín, J.A. “Los bandoleros... entre el hambre y la honra”. *Triunfo* (438-24 de octubre, 1970), p.16.
- <sup>3</sup> Tuñón de Lara, M. *Estudios sobre el siglo XIX español*. Ed. Siglo XXI, (Madrid, 1971), p. 104.
- <sup>4</sup> Jutglar, Antoni: *Ideologías y clases en la España contemporánea*. Ed. Cuadernos para el diálogo (Madrid, 1968), p. 248.
- <sup>5</sup> Rodríguez Puértolas, Julio: *Galdós: Burguesía y Revolución*. Ed. Turner (Madrid, 1975), p. 25.
- <sup>6</sup> Marx, K. y Engels, F. *Cuestiones de arte y literatura*. Ed. Península (Barcelona, 1975), p. 34.
- <sup>7</sup> Blanco White, José. *Cartas de España*. Ed. Alianza, (Madrid,1977), pp. 44-47.
- <sup>8</sup> Rodríguez Puértolas, Julio: *Op.Cit.*, p. 51.
- <sup>9</sup> Tuñón de Lara, M. *Op. Cit.*, p. 125.
- <sup>10</sup> Bravo Morata, Federico: *Historia de Madrid*, (Madrid,1970) Ed. Fenicia , I , p. 309.
- <sup>11</sup> Marx, K. y Engels, M. *Op.Cit.* , p. 84.
- <sup>12</sup> Lida, Clara E. *Educación anarquista en España. Revista de Occidente*, 97 (Abril 1971), p. 40.
- <sup>13</sup> Ynduráin, Francisco. *Galdós entre la novela y el folletín*. Ed. Taurus, (Madrid,1970), p. 49.
- <sup>14</sup> Jover Zamora, José María. *La imagen de la Primera República en la España de la Restauración*. Ed., Espasa Calpe, (Madrid, 1982), p. 82.
- <sup>15</sup> Blanco Aguinaga Carlos. *La historia y el texto literario*. Ed. Nuestra Cultura, (Madrid, 1975), p. 68.
- <sup>16</sup> Jover Zamora, José María. *Op.Cit.*, p. 82.
- <sup>17</sup> Blanco Aguinaga, C. *et al. Historia social de la literatura española* Ed. Castalia II (Madrid, 1978), p. 160.